

Pérez y Curis, Manuel
Heliotropos

PQ
8519
P45H4

HELIOTROPOS



prueba de sincero afecto.
Josefina M. Vda de Pérez y Curis

Pérez y Curis

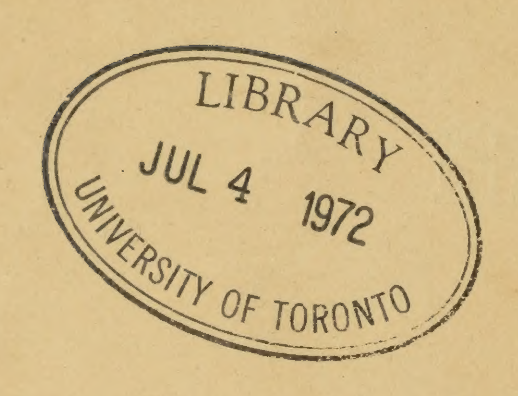
Marzo 10 - 1923

Heliotropos



Montevideo
Talleres gráficos A. Barreiro y Ramos
Bartolomé Mitre, num. 61.
1906

PQ
8519
P45H4



I

Heliotropos

Presentida

¡Salve, Ideal!

Hay la soberbia morbidez de un bello
Tulipán de Bizancio en tus pupilas,
y en el marmóreo cutis de tu cuello
Císneo, un encanto de nevadas lilas.

Hay en tus labios la tremante gloria
De un arrebol de púrpuras perenne,
y una como balada evocatoria
En la armonía de tu cuerpo indemne.

¡Oh, cómo abrasan encendiendo amores
Tus palabras de luz! Como en un río
De ondas de fuego, las abiertas flores
Mueren bajo el incendio del estío.

Así, al arrullo de tus frases cálidas,
Muere mi corazón recién abierto
Cuando al rozarse con tus manos pálidas
Tiemblan las mías y tu fiebre advierto

¿Amas la gloria del amor? Yo espero
Ver al rebelde de mi amor contigo.
¿Que eres alma no más? yo te venero.
¿Que eres alma y cerebro? te bendigo.

Tu rebeldía es astro que fulgura
En el cenit de un cielo arrebolado:
¡Jamás la sombra de la nube impura
Empañará su disco inmaculado!

¡Oh, tu gesto de amor y de heroísmo!
¡Oh, tu sonrisa de magnolia erguida
Tiene el espiritual heliotropismo
De la verdad por la calumnia herida!

Tú evocas en miradas oportunas,
Flamas livores de incendiarias teas,
Y á la belleza de la forma adunas
La magnanimidad de las ideas.

¡Ah! ¿Qué espera de mí, tu pecho ardiente?
¿Las ficciones de un hombre que lo abrumen?
No! Yo tengo, mujer, para tu frente,
Los besos ardorosos de mi numen.

En el ocaso de las luchas mías,
Pactar quisiera con la airada muerte;
Y caer en un mar: tus alegrías,
Como un albatros amoroso y fuerte.

Después de verla

¡Oh, mis visiones matinales! Deja
Que al evocarlas te bendiga y cante:
Tú pasaste también con la radiante
Elegancia de un cisne que se aleja.

En la avenida se perdió una queja
De tu vestido, y en tu faz distante
Se posó mi pupila agonizante,
Ávida y pertinaz como una abeja.

Después, un ramo de visiones raras
Pobló mi fantasía en las avaras
Dilataciones de una enredadera;

Pero volviste pronto á las aladas
Rondas de mi cerebro, y las habladas
Imágenes huyeron por la acera...

Y hoy, en la ürna
del alma mía,
¡Oh, mi virgen, perduras todavía!

Helénica

Yo enfermo cuando rima sus dulces ritornelos
De tu garganta núbil el pájaro cantor;
Y cuando, con el arco de luz de tus ojuelos,
Me arroja sus saetas el sagitario Amor.

Y en tanto que sonríe tu faz de camafeo,
Las cálidas mejillas perladas de rubí,
Con el perfume ustorio de un incensario hebreo,
Van — píxides hibleas — mis versos hacia ti.

Yo sé que en tus palabras de adoración palpita
La gloria de algún verso dorado de Nerval;
Que enciende y embrïaga, subyuga y debilita,
De tus odoros labios el hálito sensual.

Cual dáctilo glorioso del mago Anacreonte,
Tú evocas alegrías y júbilos de amor;
Por eso los efebos, al par de Carmoleonte,
Sus ósculos te dieran ungidos de pudor.

¡Oh, canta la hermosura de Helena, porque el griego
Jardín lentejuelado de asfódelos está;
Y en él han esparcido sus pétalos de fuego
Las rojas eglantinas de tus ensueños ya!

Yo canto en apoteosis á ti tu heliotropía
Hacia el rosado limbo del connubial crisol;
Mas — heliotropo ardiente — tú sigues todavía,
Al sol de la belleza pagana de Antinoó.

Y ríes, cuando ríen mis labios amatorios,
Y luego tus pupilas me besan porque ven
De mi semblante austero los rasgos ilusorios
Velados por la nube sañuda del desdén.

Y pues tu rostro luce las líneas deslumbrantes
Y el garbo de las damas de Greuze y de Rembrandt,
Á ti, doncella de ojos y gestos adorantes,
Rindieran homenaje las vírgenes de Ispahán.

¡Cuán bello es ver la önda de tus cabellos negros
Caer en bucles tenues por cima de tu sien!
¡Cuán armonioso el lírico rumor de tus alegros!
¡Jamás así cantaron las aves del Edén!

Cual ibis hacia el Nilo de lotos circundado,
Hacia tus ojos rútilos mis ilusiones van;
Y en tus ojeras jóvenes que amor ha dilatado,
Ven el matiz del bello jacinto de Ceilán.

Semíramis rodeada de eróticas ofrendas.
Remedo de las flores ninfales de Estambul:
Tú sueñas en un ciclo de míticas leyendas,
Y adoras el lenguaje melifluo del bulbul.

La fiebre del deseo tu espíritu exaspera
Magüer de tus heraldos de amor sentimental:
¡Oh, si exteriorizaras su voz, aquél te hiciera
Trasunto de la humilde Mireya de Mistral!

Empero, nunca inmoles la flor de tu sahumerio
De ideales voluptuosos; sé libre, tú, también!
Porque un amor existe bordado de misterio,
Y en él se abisman todas las áncoras del bien!

¡Oh, diosa que me brindas el soplo de tus labios
Voluble como el vuelo fugaz del colibrí!
¡Que en el altar divino de tus amores sabios
Me arrulle con sus glorias el cisne que hay en ti!

Eucaristía

A Luis Roberto Boza.

(Santiago de Chile).

¡Oh, albura de magnolia, eucaristía
Del alma de las vírgenes! Pagana,
Mi fantasía moduló un hosanna
Confidencial en tu gloriosa orgía.

Pulcra en las formas de la amada mía
Y el alabastro ëres, oh, galana
Evocatriz, en tu promesa arcana,
De un heraldo de amor y de harmonía.

En un ampo de nieve la inocencia
De cándidas imágenes evocas;
En una curva de mujer tu esencia

Sacude las eróticas desidias;
Y el mármol, orgulloso de tus tocas,
Alcanza un beso del cincel de Fidias.

Camafeo

Flor de Chipre dulce y rara
Y alegre como un rondel,
Gracia que evoca el pincel
De Antonio de la Gandara;
Su faz luminosa y clara
Del nardo tiene el mador,
Y en su labio abrasador
Hecho de orobias y miel,
Hay una ürna: joyel
Para los himnos de amor.

¡Oh, la noche, noche umbría
De sus ojos de cristal!
El alma de un madrigal
De Amado Nervo sería.
¡Oh, que es pura la harmonía
De sus formas, y el rubí
De sus pómulos; allí
Vertió Natura un oval
Celaje primaveral
Sobre un ampo de alhelí.

Es su frente de alabastro
Un ánfora de abadires;
Trasunto de los zafires
Del mago Eugenio de Castro.
Con encantamientos de astro
Rasgando el etéreo tul,
En su pensamiento azul
Florecen tiernos decires:
¡Un venero de elixires
Más glorioso que Mosul!

Su cuello ebúrneo y erecto
Ha de la nieve el albor,
Y ese cuello es un primor
Hiperdúlico y dilecto.
Bajo corsé predilecto
Dos rosas muriendo están,
Y sus movimientos dan
Los vértigos del amor;
¿Acaso sabe una flor
Como su seno al imán?

Envio

¡Oh, virgen de fuego y nieve,
Adorable virgen mía:
¿Que eres una canturía
Del alba exótica y leve,
Y una flor que canta y llueve
Polen vaporoso y miel?
Dime entonces el rondel
Soberbio de la alegría.
¿Podrá mi espíritu un día
Armonizarse con él?

Tus heliotropos

Cuando miré, nimbada de fulgores,
Toda tu faz ¡oh, virgen de extravida!
Al balcón en que estabas abstraída
Cabe unos tiestos de fragantes flores,

Mi alma subió... subió con mis dolores
Para besar la tuya adormecida,
Y, como un ave por el cierzo herida,
Lloró dentro de ti sus sinsabores.

Y, mientras yo me iba, viendo apena,
Las malvas de tu peplo, y la verbena
Que en tu boca odorante se consume;

Mi corazón rebelde todavía,
Sintió que le arrojaban su perfume
Los heliotropos que me diste un día.

Crepúsculo

En la estancia fingió la penumbra
Como un vuelo de pájaros negros.

Tus ojos plañían,
Y tus brazos ebúrneos — aquesos
Eucarísticos trozos que sueña
Mi numen austero —
En aquella penumbra de exangües
Amarantos nimbaron mi cuello.

Tu nostalgia moría en mis labios...

Y el poeta bendijo tus gestos.

¡Oh, la lírica y triste liturgia
Que el poeta decía en tu huerto!
¡Ya no muere! Yo soy el poeta.
La tristeza perdura en mis versos
Y no muere jamás ¡Oh, tristeza!
¡Cómo eres exvoto de amores eternos!

* * *

El crepúsculo abrió sus moradas
Anforinas de aromas excelsos,
Y un perfume muy raro y muy leve
Diluyóse en tus senos erectos:

En la nívea peana de mármol
Que servía de base á tu cuerpo,
Se abismaron mis ojos altivos ...

Y el poeta bendijo tus gestos.

Y esa tarde, gustando las mieles
Que el amor nos brindaba en silencio,
En arcaico diván recogimos
Nuestras hondas angustias de invierno;
Y, encendiendo una hoguera en tu rostro,
¡Oh, mi artista de espíritu enfermo!
En tu labio febril puso el mío
Un rimero de eróticos besos.

En la estancia reinaba la sombra ...

Y el poeta bendijo tus gestos

Y tus rizos hendieron los aires
En un vuelo de pájaros negros

Tus rubores

Cuando quedó la tarde nostálgica y desierta,
Y hablamos de las gracias eróticas, liliales,
Lesbias y tyndaridas de vaporosos chales
Se erguían en tu mente de virgen inexperta.

Pálida como el triste semblante de una muerta,
Tu faz cubrióse luego de cálidos corales;
Y fueron mis palabras alados madrigales,
Y tus tristezas flores de pesadumbre incierta.

¡Tarde feliz aquélla! De tu sonrisa arcana
Abrióse levemente la ürna, y mi pagana
Pasión pidió á tu boca sus mieles y madores;

Y, cuando de tu rostro los lirios y alabastros
Glisaron en mis ávidas pupilas, tus rubores
Huyeron como el oro de los murientes astros.

La tarde

A. F. R. Schinca.

Horas de nostalgia. Trisan las alondras
Bajo el indeciso palio de la tarde.

Lilas y amarantos taciturnos cierran
Herméticamente sus corolas frágiles:
Anforas en donde titilan los besos
Y lágrimas de oro del sol de la tarde.

Baten en la senda de las margaritas
Blancas, á la vera de azules estanques,
Leves mariposas sus alas de seda:
(Son pétalos raros de flores del aire)

Y en las frondas dicen sus muelles baladas
Mirlos y bulbules en consorcio afable,
Mientras que las lilas del éter esfuman
Diáfanas visiones de un nuevo Versalles.

* * *

Cruzan la floresta, y allá en la penumbra,
Detienen sus pasos furtivos, iguales,
y estrechan sus trémulas manos
Los enamorados amantes.
Y en tanto, derrama sangrientos rubíes
En el horizonte, la luz de un celaje.

Suspira el efebo; la virgen otea
Los ámbitos todos y ve aglomerarse
Cisnes en los lagos do emergen nelumbos,
Y en torno de Febo rodelas de sangre.

Apaciblemente trisan las alondras
Bajo el indeciso palio de la tarde.

"Y son estas horas de dulces nostalgias,
Amenas y breves" claman los amantes.
Y, quedo, se alejan de las avenidas
Pobladas de aromas que vienen del valle.

* * *

La tarde agoniza nimbada de nubes,
Y el último rayo de Apolo se esparce
En pálidas hebras y sonrisas vagas
Por cima del amplio cristal de los mares.

Cual una figulina...

A Ángel de Estrada
(Buenos Aires)

El parque está muy triste y en la avenida orlada
De lirios y magnolias de una blancura ideal,
La pálida doncella sonríe inanimada,
Tal una figulina con ojos de cristal.

Los heliotropos mueren como los besos. Cada
Lucero es un doliente que va á su funeral,
Y en su corola exangüe pero soberbia, un hada:
Selene, ha derramado su lloro sideral.

Esfúmase el gallardo perfil de las acacias;
En el estanque hay cisnes dormidos, y sus gracias
No lucen ya las góndolas... en la ribera están

Inanimadas como la pálida doncella
Que sonríe y medita, y es indolente y bella
Cual una figulina sin ansia y sin afán.

Ampo de nieve

Una nube muy blanca,
Era un ampo de nieve: tu tristeza,
Decoró mis brumosos horizontes
Cual una flor de castidad suprema.

Y un ánfora de róseas,
Balsámicas esencias:
Tu boca virgen, ofrendaba en tanto
Sus elixires á mi savia enferma

Amada, en los jardines
De mi espíritu habló la primavera
El idioma sonoro de tus glorias...

Yo que vibro por ti vibro por ella.

Y en mis noches de insomnio,
Cuando el dolor enluta mis quimeras;
yo bendigo la esencia de tus labios
y la decoración de tu tristeza.

Contraste

¡Ya se ha ido, ya se ha ido
La penumbra de mi hogar!
Y alguien murmura en mi oído,
Como un sollozo del mar:

"Poeta vuelve al olvido
La prora de tu pesar"
¡Y es la hora! ¡Ya se ha ido
La penumbra de mi hogar!

Y, en tanto que la campana
De la abadía cercana
Toca á gloria, un ruiseñor,

No canta, llora en mi huerto,
Y en mi alma toca á muerto
La campana del amor!

Ave y Flor

Á Roberto de las Carreras.

En un gemido muere la tarde, y — como un faro
Cautivo de la bruma — ve al sol agonizar;
Y en su lenta agonía finge añoranza un raro
Celaje de amaranto que tiembla sobre el mar.

Luces de rosa y oro sobre las avenidas
Apenumbradas caen — del cielo — en comunión;
Y á sus reflejos vagos de hespérides dormidas,
Llora la virgen ebria de fe y adoración.

Acaso la pupila somnámbula del bardo
Que va á una nueva Hélade conmuévela otra vez;
Y en su mejilla suave como la flor del nardo,
De un beso del poeta presiente la embriaguez.

Sus manos que simulan heráldicas corolas
Palpitan en la falda ligera como un tul;
Y al ritmo de sus senos ensayan las violas
Que cierran el escote volar hacia el azul.

Volubles — en su frente — guedejas hacen ondas,
Albean en sus párpados palores de marfil;
Y en su oloroso peplo de vaguedades hondas
Suspira una gardenia con ansia femenil.

En la glorieta donde gustara con inmensa
Fruición las ambrosías del cáliz del amor,
Cabe una pensativa paloma de faiensa
Sinceramente llora la virgen Ave y Flor.

El véspero ya exangüe sus palideces mira
Cubriendo la penumbra de opalescencia astral;
Y, bajo la turquesa del éter donde gira
Cual invisible espíritu la psiquis sideral:

— ¡Pobre virgen
Plañidera cual ave que expira! —

Su espíritu y sus labios artísticos ayunan
Y la gardenia cae del peplo de surah;
Mientras allá en la sombra sus lágrimas adunan
La lira del crepúsculo y el bardo que se va.

Balada de otoño

¡Qué triste está la playa! Otrora el vaho
Salobre de las aguas nos unía.

La tarde va poblándose de brumas
Semivioletas; languidecen rimas
En la ribera solitaria; y caen
De los sauces las hojas amarillas;
Las ráfagas de otoño en el silencio
Del parque abandonado se concilian,
Y una pareja de palomas blancas
Llora en la almena desolada y fría.

Ya la salmodia que los vientos cantan
Exasperados en la inmensa riva,
Suena en mi corazón como un preludio
De la balada enferma de la vida.

* * *

—No te vayas aún: en la discreta
Soledad de la tarde, amada mía,
Escucharás la öda de mis besos,
La serenata de mis frases líricas;
Y, cuando abrase á mi aterido rostro
El impoluto lis de tus mejillas,
Soñarás arrullada por el eco
De mi erótico labio de panida.

La elegía del mar quiebra en las rocas
Los acordes de un arpa amalecita,
Y el muaré de las aguas finge un velo
Constelado de trémulas fluorinas.

¡Qué triste está la playa! Otrora el vaho
Salobre de las aguas nos unía.

De la lejana hoguera del poniente,
Donde se inmolan grandes amatistas
Y sardónix de fuego, baja un rayo
Puro como la luz de tus pupilas;
El último destello de la tarde
En las ondas del éter escintila,
Y una bandada de gaviotas vuela
Sobre los riscos de la playa antigua.

—Dame otro beso, amada. ¡Cómo el lirio
De tu labio de seda arde y palpita
Cuando aprisiona el mío! y, ¡cómo evoca
La santidad del alba de la vida!
Otro más... otro más... largo y sonoro,
Mientras que nuestro espíritu medita:
¡Qué triste está la playa! Otrora el vaho
Salobre de las aguas nos unía.

Virgen hispánica

Á Miguel Luis Rocuant
(Santiago de Chile)

La he visto cuando dormían
Los arrabales... El alba,
Predilecta confidente
De las flores solitarias,
Puso en el rostro de aquella
Jovial elfina de Hispania
Los rosicleres joyantes
De su sonrisa de nácar.

Sangre y fuego de las rosas
De luz su labio derrama,
Y su labio es un cendal
Muy cálido que no empañan
Las congojas que torturan
Ni las perfidias que matan
El sentimiento amatorio
De la cítara del alma.

¡Y es la rosa de Provenza!
¡Sangre y luz de la mañana!

La vi cuando su primera
Sonrisa de oro perlaba
El sol, é iba animándose
La flora de la sabana;
Y en el odorante y amplio
Sendero de las acacias
Una pareja de alondras
Su epitalamio cantaba.

Y ahora, bajo un fogoso
Mar de lumbre meridiana,
Vuelve al hogar lentamente
Por las avenidas áureas;
Y su veste de batista
Con lentejuelas de plata
Viene ungida del perfume
Que de las frondas emana.

¡Pobre virgen! ¡Cómo mueren
Los crepúsculos del alma!
Ya no mecen su cabello
Las brisas de la mañana!
Candentes irradiaciones
Sus morbideces abrasan,
Y en sus ojos hay connubios
De sonrisas y de lágrimas.

¡Pobre rosa de Provenza!
¡Sangre y luz de la mañana!

La sonrisa del desdén

De nieve y rosa ëras. Todavía
Tu rostro pleno de amarguras tiene
El pálido reflejo de la orgía
De luz de un iris harmonioso y lene.

Núbil enamorada de los astros,
La sideral sonrisa á cuyo asomo
Una lámina de oros y alabastros
Finge del cielo el transparente domo,

Suave constelación era en el orto
De tus hoyuelos, y en el ónix claro
De tus pupilas en que irradia absorto
El corazón de un pájaro muy raro.

Tu párpado sutil era una hoja
Pálidamente malva, y el glorioso
Lis de tu labio libre de congoja
El remedo de un vaso luminoso.

Tu cabellera exótica formaba
De un abanico griego la aureola.
Y Juventa en tus pómulos quemaba
Púrpuras de eglantina y amapola;

Evanescentes púrpuras que fueron
Símbolo de frescura y lozanía,
Y que al besarte la tristeza huyeron
Acongojadamente, como el día.

Púdica flor de la inocencia, el aura
De los amores te meció temprano:
Hero, Julieta, Margarita y Laura...
Todo eras tú: la flor del meridiano.

* * *

¿Recuerdas? De tu veste perfumada
La harmonía triunfal de los matices
Reinó contigo: tú con la mirada,
Y ella con sus relámpagos felices.

Era la hora del ángelus, y el manto
Del horizonte índigo cubierto
De livideces, fulguraba en tanto
Con la serenidad de un niño muerto;

Amorosas parejas el recinto
Del enflorado parque abandonaban,
Y en un lecho de rosa y de jacinto
Las miradas del sol agonizaban;

Y tú, del brazo del efebo, hallaste
Una penumbra misteriosa y triste,
Donde á los ritos del amor cantaste
Y á su deleite inmenso sonreiste.

Y entre el rumor de fuente tremorosa
Y las plegarias de aves que gemían,
El galán percibió la madorosa
Oblación que tus labios le ofrecían.

Y en el iconostasio de tu débil
Corazón ebrio de amorosa lumbre,
Vibró como una cítara muy flébil
Del cariñoso efebo la quejumbre.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Hora á ti llegan vilipendios. ¿Quiéres
Substraerte á las penas de la vida?
¡Ríe, mujer! con la sonrisa hieres
Á los que anhelan ulcerar tu herida!

Almas errantes

En tu garganta trina Filomela
Y el ave Amor sus infortunios llora,
Y tu frase hiperbólica y sonora:
Un colibrí que liba y se rebela;

Hiere con sus halagos, y en la hora
De nuestro idilio su virtud revela;
Aun perdura en mi espíritu la estela
De su voluble vibración canora.

Canta. Tus insinuantes harmonías
Riman así las añoranzas mías
Con la nostalgia de mi labio opreso;

Y, luego, cuando en tu cariño me hundas,
Se ahogarán nuestras almas errabundas
En la suprema beatitud de un beso.

Reminiscencias

¿Sabes? Te adoro, núbil gardenia,
Hostil al rito del Himeneo;
Porque has calmado mi neurastenia
¡Qué horas aquéllas de devaneo!

Bajo la arcada de las magnolias,
Ó en la avenida blanca y rïente;
Entre harmonías de arpas eolias,
Y á los fulgores del sol poniente:

¡Cómo irisaban sus mil facetas
En nuestras almas las ilusiones,
Y alboreaban asaz inquietas
Las mariposas de las ficciones!

¡Y de tus labios — urna de chistes —
Acariciando los ígneos velos,
Iban mis ojos — pájaros tristes —
Hacia el absintio de tus ojuelos!

¿Ríes? Aun piensas en la ilusoria
Voz de las frases esponsalicias,
Ríe, sí, pero dame la gloria...
Quiero la gloria de tus caricias.

No de tus labios arpados brota
Ya de mis himnos la melodía;
¿Para qué te hago versos y agota
Sus gayas formas mi fantasía?

Pues que la gracia de tus lunares
Madrigaliza mi pensamiento,
Fuerza es que cantes como los mares,
Como las frondas: novias del viento.

Mariposea cabe las flores
De mis estrofas, mariposea;
Liba su néctar; ve sus colores.
¡Oh, misteriosa luz de la idea!

Vive en el alma de quien te adora,
Para consuelo de sus cilicios;
Y, cuando rías como en otrora,
Piensa en los votos esponsalicios.

. . . .

. . . .

¿Sabes? Te adoro, núbil gardenia,
Hostil al rito del Himeneo;
Porque has calmado mi neurastenia.
¡Qué horas aquéllas de devaneo!

Crisol

Á Eugenio C. Noé.
(Buenos Aires).

La noche poemiza en el misterio
El Eldorado de las almas jóvenes.

Cuando oporina su tristeza evocan
Las almas de los dulces soñadores,
Y, cuando estiva los poetas le hacen
Una apoteosis de lirismo. Entonces
Ríen labios y espíritus,
Y miriadas de ästros y de flores.
Los ópalos aurinos de Selene,
La fronda, el río, la llanura, el monte,
Y de los cielos el azul cimborio.
¡Oh, la sonrisa inmensa de la noche!

Y, cuando eleva sus aromas mórbidos
Hacia el éter el búcaro del bosque,
Hay en los dulces
Arcanos de la noche,
De la noche silente y perfumada
Una como piscina de abluciones
En que se purifican las tristezas
Y los ensueños de las almas jóvenes.

Juventa

Á Medina Betancort.

Era su cuerpo un lirio de odorantes
Emanaciones de pudor; bactrianas
De inagotable luz los fulgurantes
Halos de sus pupilas elegianas.

En su cabello perfumado había
Ráfagas de oro; suavidad de pana;
Y el terciopelo de su faz tenía
Las castas morbideces de Susana.

Cual de Vinci la mórbida Gioconda,
Esbozaba su pálida sonrisa
De voluptuosidades, con la honda
Emoción de una virgen indecisa.

Perla del mar del estetismo griego,
Tanto mi corazón la codiciaba,
Que en mi cerebro adolescente, el fuego
Del Etna de su amor perenne estaba.

Y de sus frases la harmoniosa gama,
Con vibraciones de ave soñolienta,
Hablábame al pasar: "ella te llama:
Paraninfo exultante de Juventa".

* * *

Cuando ofrecióme su alma, hubo en la mía,
Cual una muelle irisación de aurora,
Magüer la nube que empañado había
El alma de mi amor pagano ahora;

Tuve palabras y caricias megas,
Y madrigales. Hice la apoteosis
De sus divinas expresiones griegas:
Incentivo de luz á mi neurosis;

Cuando mis versos: núbiles manojos
De sentimientos, á arrullarla fueron,
Evanescencias de geranios rojos
De sus pómulos tibios emergieron;

Y fué su corazón al baptisterio
Del amor mío, y, olvidando agravios,
Ella me dijo: "para ti el cauterio
De la hermética flamba de mis labios".

Y su aromado beso cuya estela
Perdura aún en mi horizonte yermo,
Se deslizó como una lentejuela
Hecha de miel sobre mi labio enfermo.

Y hubo en mi pensamiento, como en una
Melodía de pájaro transido,
Módulos de esperanza, y la oportuna
Voz de su corazón perló en mi oído:

"Amémonos aún...!"
Y el alma mía
Tuvo una muelle irisación de aurora,
Magüer la nube que empañado había
El alma de mi amor pagano ahora.

Flor del Lacio

Alma y cerebro:
                    cuando muy cerca
De tus pupilas aparecí,
Miré tus labios en que lucían
Eflorescencias de flor de lis.

Y, luego ¿sabes? dije á mí mismo
Con fugitiva, tierna emoción:

Nunca á tus ojos, oh, flor del Lacio,
Será insondable mi corazón;
        Porque en tu espíritu,
Como en las flores de Raffaelli,
Tremen gloriosos rayos de sol.

Soñadora

Á Manuel Ugarte.

(París).

Vuelve la virgen soñadora y lene;
La huérfana emotiva de la aurora
Vuelve á mi corazón. ¿Acaso viene
Con la nostalgia de mi amor que llora?

Fluye de su garganta la adorable
Melodía de un mirlo; calla, y, tiene
La majestuosidad de la impecable
Herculanesa de Lisipo. Es ella
Alma no más...
Ya vuelve la doncella
Triste y gentil.
Allá por la avenida
De las acacias de sinoble ha visto
Cómo abrigaban á la novia herida
Las rémiges serenas
De una alondra voluble como un trino,

Cuando al murmurio de églogas amenas
Lánguidamente declinaba el día,
Y en el cristal del lago esmaragdino
Que, muelle y pleno de quietud dormía,
Bogaba un cisne taciturno y era
Semiapacible y joven todavía.

Y allá en los valles
Del horizonte vago,
Ante un sol rojo de ignescente ojera
Emergían de un fondo de buglosa,
Como al conjuro de la voz de un mago,
Pétalos ígneos de amaranto y rosa.

Vuelve; y, bajando por su nívea frente,
Proyecta el nimbo de una flor cautiva
En su párpado un bucle sugerente
Con la indolencia de una tarde estiva;
Y al fulgor soslayado que le alumbra
Se yergue y traza su perfil de gloria,
Cual un pistilo negro en la penumbra
Crepuscular de su pupila ustoria.

Habla su labio madoroso y quiebra
—Así mi núbil corazón se inmola—
En mi oído una frase plañidera,
Como quiebran su ritmo en la ribera
Las volubilidades de la öla.

Y, mientras plañe con candor que existe
En las baladas del amor antiguo,
Palpan las manos de la virgen triste
Los abalorios de su cuello exiguo.

Y de su cabellera exuberante
Á la Cleo de Mérode peinada,
Surge una önda de fragancia errante
Como un perfume de magnolia alada.

El crepúsculo esfuma la añorante
Majestad de la tarde perfumada.

Y palpita la virgen ruborosa.

Y las irisaciones de su veste
De oropéndola exigua y capitosa,
Fingen luces de ábaculo celeste
Ó aleteos de gaya mariposa.

Carola

Bajo el hálito de brumas de la tarde que se inmola
Lentamente, como un cirio; como un pájaro de Ofel,
Adormece su neurosis de somnámbula Carola,
Y el sollozo de la tarde finge un ruego de doncel.

La salmodia de las brisas autumnales — en la öla
De sus mórbidos cabellos — vibra al ritmo de un rondel;
Y los ojos de la virgen, de la virgen casta y sola:
¡Cómo vagan por el éter agostándose con él!

Sobre un tiesto de claveles pensativos como ëlla,
Llora el alma de la tarde ¡cómo es dulce su querella!
Y á su palio de nostalgias lenta sube la oración;

Y la virgen, conmovida por el ángelus doliente,
Va diciendo, con el himno de su filis elocuente,
La gloriosa melodía de las cántigas de Anfión.

Tarde gris

"¿Has visto el alma de las tardes grises?
Mi espíritu es así; lo cubre un velo
De la niebla ibseniana. ¡Oh, los países
De bruma eterna y aplomado cielo!"

* * *

La lluvia era de lágrimas brumales;
Y aquesa estrofa de mi vida, innata,
Languideció. Y había en los cristales
Como una inmensa lámina de plata.

Arpegios de un laúd hondo y lejano
Fingía el eco de tus frases quedas;
Y tus decires ebrios de lo arcano,
Y tus ojos de glaucios y resedas,

Las voluptuosidades me decían
De ardorosas princesas orientales...
Y tus labios... tus labios en que ardían
Ansias de amor, me hablaban madrigales;

¡Madrigales de miel! ¡Cómo tus besos
Olas de fuego son, cuando palpita
Tu corazón que sabe los excesos
De Salomé, de Safo y Afrodita!

. . . .
. . . .

Cesó la lluvia, y alumbrando ideales,
Como el disco de un sol que se levanta,
Mi pensamiento profanó tus chales
Y el boa que ceñía tu garganta;

Y te miré desnuda, bajo el manto
De la tarde arrullada por la esquila;
Y medité, palideciendo en tanto:
¡Oh, tu gracia desnuda, hace el encanto
De mi pagana, erótica pupila!

El estanque

A Juan Guerra Núñez

(Habana — Cuba)

En el estanque hay ovas
Amarillentas y pistilos pálidos
De rosas y golfanes, y en la riva,
La muelle albura de sus bellos brazos
Luce una virgen de opulencias núbiles
Y cabello rizado
Que acarician las auras de la tarde
Como en un soplo misterioso y vago.

Surca el haz de las aguas cristalinas
—En que proyectan arabescos raros
Las hojas de un saúco añoso y fuerte—
Una pareja de ánades nevados;
Y al desplegar sus alas que simulan
Un abanico de joyante raso,
Irísase el cristal y resplandece
Cual un tul de brillantes recamado.

* * *

Y la virgen desata—
Desnuda ya—sus rizos perfumados,
Y son tan harmoniosas y sutiles
Las líneas de su cuerpo de alabastro,
Que parece una imagen cincelada
En pentélico mármol,
Una estatua de sol á que sirviera
De pedestal el musgo aljofarado.

Y llega al borde del estanque odoro,
Fijos los ojos glaucos
En la corola de su seno, y pone
Tímidamente un pie, pero al contacto
Del agua se estremece y lo retira
Como si por ensalmo
Invisible saeta aguijonease
Su cutis eucarístico de albatros.

Y, tras de breve indecisión palpita
Febril, y torna nuevamente, acaso
Más animada, y extendiendo entonces
Los adorables brazos,
Se lanza y boga como un cisne, lejos
De los ánades blancos.

La suave fronda de sus bucles de oro
Brilla sobre las aguas á los rayos
Del sol y undula rozagante y leve
Como un pájaro blondo en el espacio;
Y la harmonía alada de su cuerpo
Escultural como un Tanagra arcaico,
Vaporosa y aérea se columbra
Como al través de un velo de Damasco.

* * *

Los ánades se alejan,
Y hay consorcios de luz en el ocaso.

Y la virgen gloriosa
De seno ebúrneo y desnudeces de astro,
Abandona el estanque como üna
Flor de pureza de marmóreo encanto,
Y esfúmase en la pálida y silente
Penumbra de los sauces solitarios.

Á solas

Como un estremecimiento
De luz matinal surgiste
Bajo la bruma, y heriste
Mis ojos vagos. Aun siento
Que excita mi arrobamiento
Tu pupila aurisolar,
Y en mis deseos: un mar
Igneo de encrespadas olas,
Bogan entretanto á solas
Tu alegría y mi pesar.

II

Tríptico

Vargas Vila

Su lábaro es una flor
abierta á la tempestad

¡Oh, tus himnos heráldicos! palpitan, —
Botzaris de la idea, — en los raigones
Espirituales, y exhalando unciones
Sus estrofas de bronce resucitan

La epopeya. Tu espíritu que agitan
Los vientos de autocracia á que te opones,
Ilumina y horada corazones
Y conciencias de fango que dormitan.

Poeta-orfebre: tu irisada öbra
Finge una selva de olorosas flores:
Rebelde: arrancas la infinita cobra

De un ciclo austero cual paisaje bávaro;
Y ostentan tus ideales salvadores
Un lema: Libertad, sobre tu lábaro.

Y es tu palabra
sáxea y homérica,
De omnividencia y luz para la América!

Rubén Darío

Palpita su numen al ritmo de orquestas paganas;
Heráldico cisne, su canto simula un gorjeo;
Y en el florilegio irisado de "Prosas Profanas"
Hay módulos raros y dulces de pájaro hibleo.

¡Oh, mago del arte! Cincela sus frases galanas;
La flor de su estilo fulgura cual regio trofeo;
Y encanta á las aves del Pindo con voces arcanas,
Arcanas y mágicas como la lira de Orfeo.

Nostálgico aspira los muelles perfumes de Himeto;
Las pléyades líricas le aman. Él sabe el secreto
Que en su arpa tuvieron los probos aëdas de Arcadia.

Y aduna miriadas de gemas y prismas exóticos;
Y en lene hemistiquio su Verbo esotérico irradia
Cual iris hierático en limbos de gloria apoteóticos.

E. Gómez Carrillo

¡Oh, mosaísta de la lengua hispana,
Que un pájaro de miel has concebido
Con la cadencia de la frase humana
Y el corazón del cisne conmovido.

Gemas versicolores — tu encendido
Numen de amenas expresiones — mana;
Y hay en tu psiquis luz y colorido
Como en una acuarela veneciana.

¡Oh, las irisaciones infinitas
De tus paisajes de arte, en las benditas
Aras del estetismo resplandecen!

Y tus visiones y tus frases bellas,
Al soñador espíritu aparecen
Cual una frágil eclosión de estrellas.

III

La voz de las admoniciones

Á José Virginio Díaz.

Soliloquio de un rebelde

Irguió el rebelde la cabeza airada
Con ese gesto de orador que impone
Silencio á la exaltada muchedumbre,
Y el soliloquio fué:
"Buhos é histriones
De cualquier secta, que vivís gritando
En vituperio de las almas nobles,
Y huís de los harapos del mendigo
Cual fugace torcaz de los halcones;
Que adoráis las imágenes ficticias
De los iconostasios, y á los priores
Besáis las plantas con afán inmenso,
Cual antiguos idólatras teutones;
Seres que al deslizaros por el Cosmos
Infectáis el ambiente con la podre
De vuestras almas que oscilando rien
En el obscurantismo de los nobles;
Tal el gusano que surgió del cieno
Llevando en pos á su pequeña prole,
Y arrastrándose luego por el césped
Dejó en él sus miasmáticos vapores:

Vuestro espíritu es antro de impurezas,
Ánfora de los cánceres en donde
Sus venenos mortíferos escancian
De la muerte los torvos escorpiones,
Y la nube del crimen se eterniza
Como en un trono de barbarie el bloque
De las aberraciones de la idea
Y el acerado corazón de un hombre.

Vuestros dicterios — vaniloquios pálidos —
Portavoces del énfasis que acogen
Las ideas de clérigos y reyes,
No me ofuscan á mí, pardas é insomnes
Falanges de retóricos innocuos,
Proxenetas amados de los dioses,
Que vivís, cual vulpejas y murciélagos,
Con la sangre de todas las succiones
En el abismo
De la crápula infanda.
Ya no impone
Ese vuestro ridículo visaje
Velado eternamente por la innoble
Sonrisa del hipócrita sin alma,
Paniaguados que sois de aquesos dómines
De falsos ritos y doctrinas negras,
Negras como el tugurio de los pobres!

Vuestra nequicia ingénita ha arrancado
Rayos de indignación á mis apóstrofes:
Formidables faláricas de fuego
Hechas para los réprobos del orbe.
Y, pues; vosotros desdoráis lo gaya
Cumbre de los espíritus de bronce,
Azuzados quizá por la tristeza
Del bien ajeno que las almas roe;
En el nudo gordiano de mis versos
Expiaréis vuestros crímenes, y entonces,
Allá, en la cumbre de mis viejos odios,
Veréis nevando mis desdenes jóvenes".

. . . .

. . . .

Y el rebelde calló... calló el bendito
Verbo de la Verdad á los fulgores
Del crepúsculo azul que se extinguían
En el umbral silente de la noche.

Á la hipocresía

En ti se escudan los abyectos todos
Y la conciencia de su prole ignara,
Que en los abismos de tu sombra el crimen
Tiene un refugio que desdeña el paria.
Cripta-refugio
Abierta á todas las conciencias para
Hundirlas en sus antros pavorosos
Que son inmensos lupanares de almas.

La Libertad

Icono de las almas elevadas,
Víctima de los votos inconscientes
Que arrojan en la úrna de la Historia
Esas legiones de ominosos reyes;
Que tal puede llamarse á los que manchan
El heraldo glorioso de tu hueste
Expuesto á los furores de los nuevos
Irenarcas de pérfida progenie:

Tú eres la Libertad. ¿Quiénes combaten
Tu glorificación bendita? ¿Quiénes
Desdoran tus principios generosos,
El fulgurante nimbo que tu enciendes
De los parias é ilotas en la humilde
Penumbra de su mente,
Herida por genízaros y hulanos,
Sembradores laureados de la muerte?

¿Quiénes? Las tenebrosas
Conciencias de los dioses que te impelen
Hacia el abismo donde yacen todos
Los derechos del hombre independiente;

Pero no pueden ellas
Con su nequicia ingente,
Domeñar á las almas que se agitan
Ávidas de los hálitos del Génesis;
Que el ideal de un pueblo que despierta
Busca en la flama de tu limbo el germen
De amor á las futuras
Victorias de la mente.

Lazo eterno

Almas
De la gloria voluble enamoradas,
Del infortunio inseparables son.
¿Que el infortunio las anima? Entonces,
Enamorado de la gloria soy.

Porque en la lucha
Grande y perenne que sostengo yo,
Surge un hacha de viento: mi firmeza,
Y una ráfaga helada: mi dolor.

Ráfagas de rebeldía

À Emilio Frugoni.

Hay un rasgo de luz en los ojos
Exorantes de amor de los parias,
En que caben las tintas murientes
Del sol de las grandes miserias humanas;

Y ese rasgo de luz indeleble
Se ha grabado en el fondo de mi alma
Con el signo augural de las penas
Y los infortunios del golfo que pasa . . .

No á las almas humildes sonríe
La visión de la gloria lejana,
Ni á los dioses inspiran tristeza
Del siervo oprimido las húmedas llagas;

Alastores que tienen por ídolo
El retrato de algún heresiarca,
Los que ocupan el trono dan flores:
Mandrágoras lúteas que todo lo empañan;

Y en la báquica fiesta le brindan
A cualquiera bacante sus almas,
Y entre ritmos y frases obscenas,
Bebiendo en sus labios de virus se embriagan:

Mientras ebrio de llanto el ilota
Con harapos sus úlceras tapa,
Y no puede dar pan á sus hijos:
El pan que á los pobres la tierra consagra

Y esos hijos del triste ilotismo
Cuyas quejas á aquéllos exaltan,
Así nacen y viven esclavos
Y mueren consuntos cual árbol sin savia.

Y los amos ¿lamentan su muerte?
Como cuando se agosta una planta:
¡Sólo sienten la muerte de alguna
Que cupo en su lecho capciosa sultana!

Esto influye en mi Verbo que os dice
Con su voz de Minerva indignada:
¡Rebelaos, humildes ilotas!
¡Haced el bochorno de dioses y sátrapas!

Porque así seréis libres y dignos
Del concierto social de las razas;
¡Que á la hueste viril de Kosciusko
Jamás amedrenta la voz del monarca!

Sagitarios: lanzadles saetas,
Quiero ver agotar vuestra aljaba;
Lapidarios de estrofas: decidles
En versos de fuego que enciendan las masas:

¡Abdicad ó morid! que los pueblos
De este ciclo de luz incendiaria,
Ya no quieren históricos ripios
Que empañen la gloria del sol de los parias!

Profecía del Verbo

¡Detente! ¿Quién te anima? ¿La voz de lo inconsciente
Que viene de las grutas ignotas de Aquerón,
Y ruge, y luego abrasa como en un eco ardiente,
Las almas de los émulos ferales de Nerón?

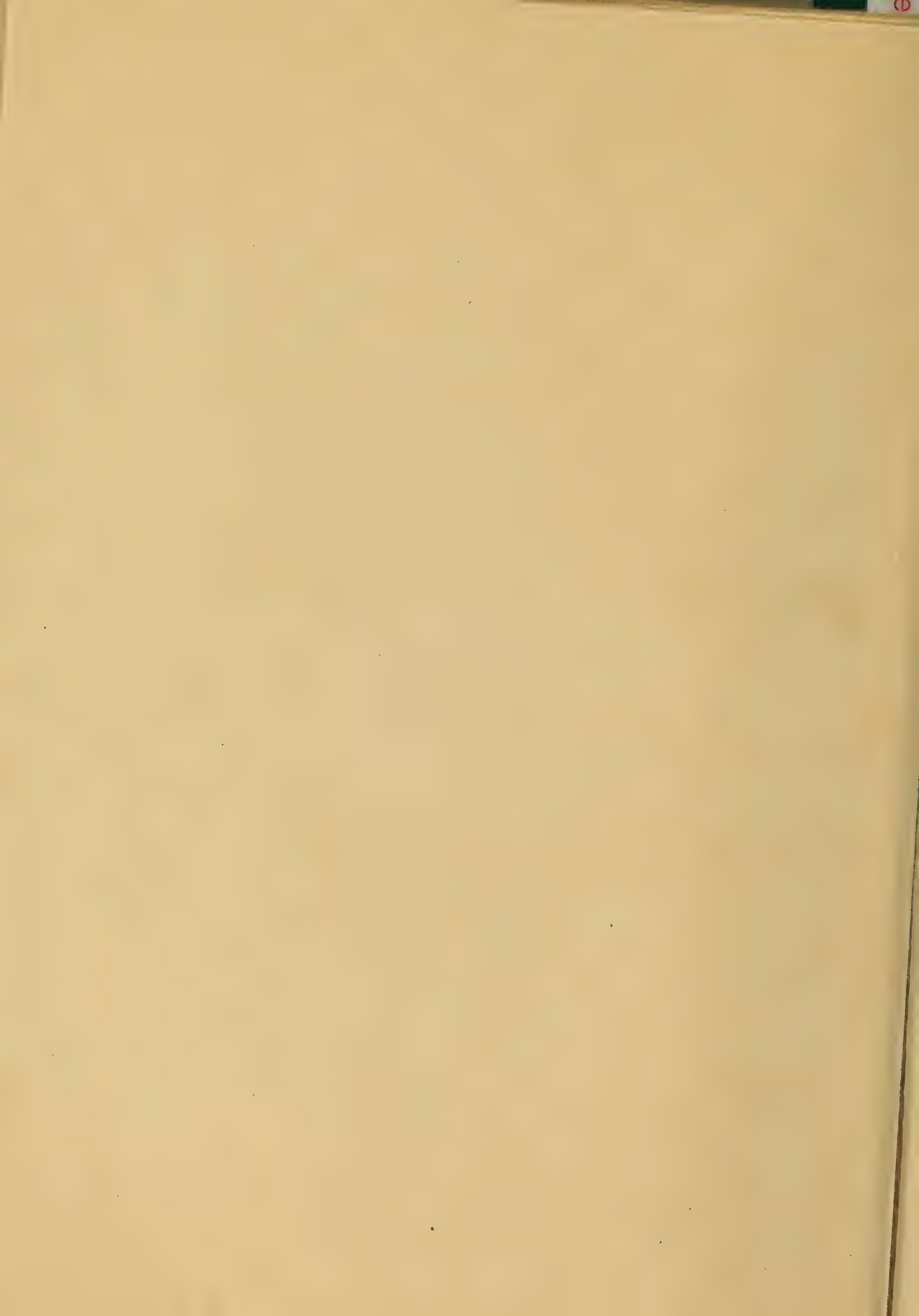
¿Dó vas? ¡Detente, oh, genio de la tiniebla, y siente
La vida! ¡cómo en luces embriaga el corazón!
Acaso eres enfermo de espíritu: ¡Detente!
¿No te amedrenta el alma del cuadro de Prudhón?

En la soberbia ruta que huellan tus hermanos,
Y en donde vibra un himno de Génesis lejanos,
Y duermen sus nostalgias paisajes de magín;

No pongas, oh, nefario, la planta, porque el mismo
Espectro que te hiciera mirar hacia el abismo,
Quebrara,—al levantarse,—los brazos de Caín!



Indice



Índice

Páginas

I — Heliotropos

II — Tríptico

III — La voz de las admoniciones

Páginas





Talleres gráficos A. Barreiro y Ramos. — Montevideo



PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ 8519 P45H4 Pérez y Curis, Manuel
Heliotropos

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 04 07 05 009 6